

Del panorama de expectativas al contrato de exigencias del lector: el caso de *La hija única* de Guadalupe Nettel

ALEXIA GROLLEAU

LAURIE-ANNE LAGET

CAROLINE LEPAGE

UNIVERSITÉ PARIS NANTERRE – CRIIA-HLH

SORBONNE UNIVERSITÉ

c.lepage@parisnanterre.fr

(Traducción : David Barreiro Jiménez, Elena Geneau y Cecilia Reyna)

1. ¿Por qué razón los miembros de Tinta en el ojo eligieron leer *La hija única* –traducida al francés en 2022 por Joséphine De Wispelaere, bajo el título de *L'Oiseau rare*, por Ediciones Dalva–, de la mexicana Guadalupe Nettel?
2. Además de las razones personales de quien escogió esta novela, hay un interés colectivo particular respecto a las «jóvenes» escritoras de América Latina que, según se afirma, harían de la literatura ultracontemporánea (recuérdese que *La hija única* es de 2020) una caja de resonancia, si acaso, un arma de combate, de y para la revolución feminista que atraviesa el subcontinente en los albores del siglo XXI, especialmente desde 2015, con el importantísimo movimiento Ni una menos, el despliegue intercontinental que experimentó y sigue experimentando, contra todo pronóstico, con las consecuencias que no deja de tener en la concienciación de las mujeres y, más globalmente, en la sociedad en lo concerniente a la violencia de género –con, por ejemplo, avances muy significativos a nivel de la legislación (pensamos obviamente en el aborto). Dichas autoras habrían optado por cierto posicionamiento como ciudadanas-autoras, cierto tono en sus obras (aparentemente, ya no se plantea la cuestión de la existencia de una escritura propiamente femenina o, en todo caso, ya no en los mismos términos); y, sobre todo, ciertos temas que antes se callaban o se susurraban entre líneas, se sugerían al margen, etc. Entre estos temas, se encontraría en particular el

de la maternidad, con su procesión de representaciones/contra representaciones; los discursos encorsetados que genera, las reivindicaciones que suscita y los tabúes que la rodean; la necesidad de decir lo indecible y, sencillamente, lo impensable (sin abundar en la imposibilidad para una mujer de declarar que no desea ser madre).

3. De eso se trata, aparentemente, en *La hija única*, de considerar la cuestión desde una multiplicidad de casos y desde una complementariedad de puntos de vista. La presentación de la novela por su editor francés avala esta interpretación del proyecto de la autora:

Las dos amigas se habían hecho una promesa: jamás cederían a convertirse en madres. Imposible imaginar una renuncia a la libertad por un hijo. Y, sin embargo, un día, Alina decide quedar embarazada. Laura vacila, abatida ante la idea de ver a su amiga renunciar a sus ideales. La realidad, por su parte, se encargará de destruirlos por completo; la llegada de la hija de Alina, la pequeña Inés, depara sorpresas terribles. Mientras la joven mujer descubre una maternidad para la que no estaba preparada, Laura estrecha lazos con un niño vecino, tan inesperados como profundos. Y entonces, cuando la vida de estas dos amigas se ve trastocada para siempre, unos extraños pájaros fijan residencia en el balcón de Laura.

4. Lo esencial de *La hija única* reside en el poder sobrecogedor de los niños: aquellos que elegimos tener o que llegan a nuestras vidas, los que vemos crecer, los que amamos y aquellos a quienes renunciamos. Con la singularidad que la caracteriza, Guadalupe Nettel nos habla así de las miles de formas de ser madre, combates, dramas y la manera en que aprendemos a amar.
5. Intención que parece haber alcanzado su objetivo cuando vemos la acogida que «el gran público» en general le ha dado a *La hija única*. Entre muchos otros ejemplos, podemos evocar la opinión de Pasiondelectura en el sitio Babelio, según la cual: «Es una novela admirable sobre la maternidad, sin pathos ni sensiblería, muy directa y esta lectura puede conmover a jóvenes madres o a quienes estén camino de serlo.»
6. Motivos todos que nos llevaron a interesarnos en esta novela en particular, no tanto para abordarla desde una eventual representatividad de lo que se empieza a designar con el término de *boom* de la literatura femenina en América latina, sino para ver si había allí, en uno de esos títulos que han tenido verdadero éxito (no está de más recordar que la versión original de *La hija única* fue editada por Anagrama, editorial de talla considerable), indicios de una mutación anunciada de los discursos, las formas de la litera-

tura y acaso también de la noción de autora desde el prisma de cuestiones socio-políticas e históricas de primer orden en estos días.

7. Es evidente que nuestras expectativas eran muchas... demasiadas, sin dudas.
8. El primer punto que dio lugar a debate durante la charla fue el relativo a una de las dimensiones «identitarias» que *La hija única* construye y/o de las que *La hija única* es reflejo y, posteriormente, el perímetro, los parámetros y las modalidades de su representatividad.
9. El lector –al igual que alguna.o.s de los miembros de Tinta en el ojo– puede, en efecto, empezar por sorprenderse ante el hecho de que, lejos de imaginar y producir, o incluso duplicar, pasivamente, un universo fantástico, real maravilloso o de realismo mágico, etc., en las versiones latinoamericanas que de estos conceptos se hicieron en el siglo XX (etiquetas que la sombra de los autores del *boom* sigue proyectando sobre las nuevas generaciones de escritore.a.s, como un legado cómodo, pero también en ocasiones, y cada vez más a menudo, incómodo, haciendo que muchos de sus representantes deseen acabar con las figuras paternas icónicas a las que se les compara con frecuencia y desde cuyas obras se pretende evaluar la de ellos), *La hija única* retrata un México D.F. que luce casi desmexicanizado, pura y llanamente deslatinoamericanizado. ¿Qué significa esto? Que, salvo algunas referencias ocasionales, por no decir estrictamente circunstanciales (como elementos nebulosos de la escenificación), sobre todo a la gastronomía local, o la mención de algunos topónimos de la capital mexicana, los personajes se mueven en un ámbito cuyos referentes culturales, en el sentido más amplio del término, son casi exclusivamente «extranjeros». Esto tiene su explicación, sin duda, en la prolongada estancia en Francia, en calidad de doctoranda, de la narradora autodiegética, Laura, cuyo horizonte intelectual es una constelación que incluye a Jetsun Milarepa, Mircea Cărtărescu, León Tolstoi, Primo Levi, Silvia Federici, Virginia Woolf, etc. Quizá sea aún más significativo, a escala de lo «cotidiano», que su *playlist* se componga exclusivamente de temas de artistas anglófonos o francófonos: Ella Fitzgerald, Julie London, John Lennon, Sylvie Vartan, Pixies, The Turtles, Serge Gainsbourg, etc. La sorpresa de este enfoque de la mexicanidad resultará grata –«¡ah, por fin nos libramos de la pseudoautenticidad latinoamericana fabricada con las necesidades de García Márquez!»–, se entusiasmó uno de nosotros- o desagradable –«no me sentí para nada en México», se lamentó otro.

Cabe señalar que la cuestión fue planteada por los miembros del grupo originarios de América latina: ¿debemos considerar en esta observación puntual una señal de que el subcontinente sigue preocupado por su imagen y, más aún, por la imagen que proyecta más allá de sus «fronteras», *a fortiori* a través de la literatura, poniendo a los artistas, implícita pero firmemente, sobre aviso para que hagan un esfuerzo y representen de manera adecuada la realidad latinoamericana? Recordemos los reproches hechos a jóvenes escritores como el mexicano Jorge Volpi o el boliviano Edmundo Paz Soldán porque no ambientaron sus tramas en sus respectivos países, sino en Alemania, con *En busca de Klingsor*, y en Estados Unidos, con *Los vivos y los muertos...* como si esto fuera, en sí mismo, una traición a su mexicanidad, a su bolivianidad, si es que existe, a su latinoamericanidad, si es que existe... y, lo que es más importante, como si la literatura tuviera que rendir este tipo de cuentas, tuviera que someterse a los mandatos de la obsesión colectiva por hacer del arte el primer garante de los espejismos de la narrativa nacional en este o aquel lugar y, sencillamente, de caparazón hueca y vana del concepto de literatura nacional. ¿Esto sigue teniendo sentido para los escritores, cuando hace tiempo que las obras han entrado en la era de lo trans, que, como nos insta a pensar Borges desde los años 30/40, deshace los imperativos cronológicos y vuelve absurdas las pautas geográficas? Mientras tantos políticos siguen intentando levantar muros a sus puertas y justificar la presencia de torres de vigilancia a través de una versión pseudo-verídica de la Historia, la propia noción de frontera se ha vuelto obsoleta, casi un contrasentido, para leer y analizar la literatura de ahora o desde ahora... Desde esta perspectiva, ¿qué significa preguntarse si una obra es suficientemente mexicana o no?

10. Nuestras lectoras tintaenolajescas de América latina fueron invitadas a reflexionar sobre este tema, por lo que tendremos oportunidad de volver a él. A estas alturas de la discusión, hubo consenso en el grupo para afirmar que, en todo caso, la manera en que Nettel uniformiza-mundializa, consciente o inconscientemente, su universo ficcional es, sobre todo, sintomática de una evolución social propia de muchos micromundos latinoamericanos –con mayor razón en México, dada su proximidad geográfica con los Estados Unidos–, de la que *La hija única* sería, de alguna manera, una manifestación más: a saber, la gentrificación galopante del espacio urbano, en este caso, barrios privilegiados...; con Nettel escenificando a un narrador que observa la realidad desde un «yo» confinado a unas pocas

calles alrededor de su casa y «alisadas» culturalmente y/o vistas y literatilizadas desde una mirada tersa, a través del prisma de una perspectiva de escritora-lectora-espectadora. Nos referimos a que la Ciudad de México de Nettel es más una Ciudad de México de la literatura y el cine globalizados que una Ciudad de México de la realidad. ¿Normalización del caso mexicano o aburguesamiento de la literatura mexicana?

11. El segundo punto planteado concierne la dimensión «femenina» y «feminista» de la novela.
12. En el grupo no hubo lugar a dudas de que, con su novela, Guadalupe Nettel se proponía abarcar el tema de la maternidad desde todos los ángulos posibles –abordando los interrogantes que esta elección o no-elección suscita en la mujer en general y, *a fortiori*, en la mujer de hoy– y desde una multiplicidad de situaciones/puntos de vista, dando por resultado la frustrante sensación de una parcelación y una visión de conjunto que se vuelven rápida y perdurablemente artificiales y superficiales. Si bien el punto de partida es bastante original y ciertamente interesante –la narradora recibe el anuncio del embarazo de su mejor amiga como una traición; en efecto, desde siempre se habían jurado no ceder jamás al ucuse de la concepción, requisito ineludible para la plenitud y razón de ser de la femineidad–, la novela parece empeñarse en olvidar lo que era una premisa fastidiosa para enumerar, como si se tratara de la lista de la compra, toda una serie de mensajes predecibles y consensuados, sin indagar nunca para determinar de qué manera los asuntos profusos e importantes abordados, supuestamente relevantes en un proyecto literario de esta naturaleza, deberían ser esclarecidos bajo otra luz: gestación, discapacidad, eutanasia, familia, homosexualidad femenina, amistad entre mujeres, relación madre-hija, etc. Este espolvoreado temático se ve reforzado por la brevedad de los capítulos; cada uno abre el cajón de un tema profundo y serio para volver a cerrarlo casi de inmediato. Lejos de dar una sensación de dinamismo, esto desconcierta al lector con respecto a las intenciones de la autora. Para explicar e ilustrar esa impresión de una inconclusión torpe –¿o timorato?– que, tal vez, simplemente delata la discordancia entre las representantes de los feminismos históricos-«convencionales» y las representantes de los nuevos feminismos en América Latina (desfase que confirma, a nuestro parecer, la escena de la manifestación contra la violencia sobre las mujeres, donde la narradora y su vecina se posicionan como simples testigos de la Historia feminista en marcha, de ninguna manera como actrices; significativamente,

la descripción ofrecida ocupa solo una veintena de líneas), los miembros de Tinta en el ojo comentaron largamente la presencia del embarazoso motivo del nido de pájaros (que la narradora descubre en su balcón casi al mismo momento de enterarse del embarazo de su amiga); percibido como un didactismo terriblemente burdo y engorroso, por no decir ridículo: después de quejarse de esa presencia intempestiva que ensucia su casa –tal como al parecer se nos da a entender, un niño puede, antes de su llegada a un hogar, ser percibido como una presencia intempestiva y que ensucia–, a tal punto que intenta deshacerse de él por todos los medios; la narradora acaba, mal que le pese, por enternecerse ante esa pareja de aves obstinadas en dar vida a toda costa y luego proteger-alimentar a su progenie... e incluso a cualquier progenie, ya que enseguida comprende (y nosotros con ella) que la nidada ha sido colonizada por un cucú. Al parecer, esta vez deberíamos entender que la naturaleza programa a los seres, incluso a los *a priori* más refractarios, si no para la maternidad, al menos para la crianza/educación de los hijos, sean o no propios y, por consiguiente, toda mujer, diga lo que diga, en teoría, es decir, supuestamente al margen de la realidad, lo sacrificará todo cuando haya tenido la revelación, de un modo u otro, de su verdadero destino... Para completar la demostración, paralela a la observación de este nido de pájaros, la protagonista observa, por un lado, el empeño, en parte autodestructivo, de Alina, su amiga, por mantener con vida a su frágil y debilitado bebé y, por otro lado, se encariña con el hijo-cucú de su vecina y acaba acogiéndolo en su seno, atraída visceralmente a su vez por la maternidad. Y como, según parece, no puede haber maternidad sin paternidad, desde luego compartida, esta madre pese a ella, es llevada a convertirse, lo adivinamos al final de la novela, en una absoluta matriarca, a raíz de la pareja que acto seguido empieza a formar (la famosa anidación) con la madre biológica del pequeño. Es cierto que el desenlace de la historia nos pareció problemático; desde luego, podríamos generosamente considerarlo como abierto..., pero, menos generosamente, juzgarlo revelador de la ligereza reductora con la que la novela evoca, sin ton ni son, las «formas más inesperadas [en que llega el amor]», el lesbianismo reducido a la condición de burdo hilo diegético sacado de la galera *in extremis* para que el montaje de la demostración de lo bien fundado de la teoría de una maternidad-paratodas pueda mantenerse en pie. Porque puede resultar paradójico terminar la novela con la constatación de que el recorrido de la narradora la lleva a descubrir la existencia y la irresistible omnipotencia del instinto maternal,

cuando la autora había reivindicado, en 2020, que «La figura sacrosanta de la madre es un deber ser insoportable para las mujeres».

13. El último punto debatido por el grupo fue la escritura de la novela. Si bien el estilo pudo resultar monótono para alguna.o.s, paradójicamente desensibilizador ante la terrible tragedia narrada –la gestación y luego, el nacimiento de una niña, cuya muerte prematura es anunciada antes de describir, extensamente, su discapacidad–, otra.o.s se mostraron muy receptiva.o.s, estimando que, desde el punto de vista de una mujer, la descripción de sentimientos y sensaciones extremadamente íntimos, es fina y emocionante, original, en particular cuando se trataba de la experiencia del embarazo y del parto.
14. En definitiva, lo que realmente nos interpeló del aspecto formal y estructural, es el uso curiosísimo de la narración en primera persona que, a simple vista, parece obedecer menos a una banal focalización interna, con el juego habitual de restricciones/concentraciones/distorsiones del campo de percepción (bien conocidos son los efectos de sentido que esto produce generalmente) que a una especie de focalización cero, con un hipernarrador omnisciente a la cabeza del relato (capaz de conocer los más secretos pensamientos de casi todos los personajes), escribiendo y escribiéndose desde el «yo» al mismo tiempo. Habría que ver en ello una contradicción técnica–en suma una torpeza más de la autora, que pondría en escena una narradora capaz, entre otras cosas, de reconstituir conversaciones enteras a las que no asistió, a pesar de tener un contacto muy episódico y breve con los actores– o, por el contrario, una demostración, muy hábil en tal caso, de que toda esta historia no es más que la emanación del punto de vista de una «alienada» que proyectaría sus propios fantasmas sobre la realidad, lisa y llanamente sobre y en detrimento de la vida de los demás, construyendo un relato-cucú a través del cual vampirizaría literalmente la maternidad de su amiga para hacer de ella una bella historia que haga derramar lágrimas.
15. Desde esta perspectiva, la novela tendría una interpretación muy distinta y, sobre todo, cobraría otra dimensión... con la escenografía de una protagonista contramodélica y, en ese aspecto, tal vez representativa de esa fracción de la juventud latinoamericana burguesa que, pasiva, egoístamente obcecada en sus caprichos de privilegiada, asiste a la transformación de la sociedad. ¿Hija única literal o con doble sentido?